

La vida por la Patria

El Sargento Calderón.

He aquí un héroe que al ser privilegiado por el destino para dar honradez y gloria a su Patria y a su pueblo, no es merecedor de olvido. El cielo habrá recogido el último aliento del Sargento don Eliseo Calderón Ruiz, que murió lleno de gloria en agosto de 1921, en la posición de Buhafora, en la que estaba con su destacamento de la Comandancia de Artillería de Melilla. De nada sirvió la ruda oposición que hicieron las fuerzas que guarnecían el destacamento, dado el número tan considerable de moros que atacaban sin dar tregua; muchos fueron los que sucumbieron ante aquella lluvia de fuego, y al ver que las energías flaqueaban ante el impetuoso empuje de enemigo tan considerable e imposible de rechazar, y que los enfurecidos moros lanzábanse al asalto de la posición, *según testimonio de algunos supervivientes*, no vaciló el Sargento Calderón en tomar prontamente la decisión de entrar en el polvorín y prenderle fuego, imitando a los valerosos defensores del sitio de Zaragoza ante la invasión del ejército francés, al que contestaron diciendo que los aragoneses no se rinden hasta después de muertos.

Sucumbió rápida y atrozmente, tiñendo con su sangre gloriosa el recinto que se le había confiado, donde tantas veces ondeó la enseña de la bandera nacional, habiendo conseguido con su gesto dejar aniquilado al numeroso enemigo, víctima de tan espantosa explosión. "La muerte, dice Eliot, no es más que una pequeña palabra, pero es un gran trabajo morir." El que no teme morir, nada teme. Pero los héroes no mueren: se immortalizan, ya que morir por la Patria es vivir para la posteridad, pasando sus nombres a figurar en las páginas de la Historia militar, esmaltadas con letras de oro.

Berzosilla, su pueblo natal, y Palencia, patria chica del inmortal Sargento Calderón, le debe la más sagrada de las deudas, y no será pagada mientras no consigan traer una piedra de las ruinas del polvorín de Bu-hafora, donde sucumbió, a esta bendita tierra castellana, como homenaje a sus restos mortales imposibles de identificar, y sobre ella levantar un humilde pedestal que perdure el recuerdo de la gloriosa hazaña del benemérito Sargento Calderón.

Este proceder no se concibe más que en un alma fortalecida por un profundo sentimiento del deber militar, con una moral tan grande y elevada que no podía atentar contra sí mismo ni contra su honor abandonando lo que tanto representaba para sí y para la Patria, considerándose feliz en el momento de dar su vida antes que traicionarla. ¿Cabe gesto más sublime de heroico patriotismo? ¿No merece su memoria la recompensa de la inmortalidad en los anales de la Historia militar y del Arma de Artillería? Cuantos le conocíamos, recordamos siempre al Sargento Calderón, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer y dotado de un juicio recto.

Su padre, venerable anciano de origen modesto, Secretario de Ayuntamiento, encanecido por una vida de trabajo y de sufrimiento, me dijo un día, con los ojos inundados de lágrimas: "También yo tuve un hijo Sargento—señalando al retrato que tenía en la sala—que murió en Africa al volar el polvorín de Bu-hafora". Entonces me enseñó artículos publicados en la Prensa de Madrid y de Palencia ensalzando la hazaña de su hijo, multitud de cartas y telegramas de Jefes, Oficiales y compañeros del finado, todas ellas inspiradas, más bien que dando el pésame, en felicitarle por la muerte gloriosa de su hijo, que mereció bien de la Patria. Este padre tan patriota, a raíz de la muerte de su hijo, cuando el entusiasmo y espíritu influía en el corazón de todos los españoles, durante aquellas jornadas rudas del desastre, fomentó el aliento y patriotismo al hacer público en la Prensa lo que fué tan comentado, y que muchos conocemos, diciendo que le habían matado un hijo, tenía otro en Africa, y se disponía a mandar el tercero voluntario para vengar la muerte de su hermano y para defender la Patria. ¿Cabe ejemplo más sublime de patriotismo? ¿No merece un homenaje de admiración? Para honra y orgullo del Arma de Artillería debiera figurar su nombre perpetuamente a la cabeza del escalafón de los Sargentos del Arma, consignando el hecho glorioso y la fecha de tal hazaña, de igual manera que figura el nombre de otros héroes en las escalas del *Anuario militar* de señores Jefes y Oficiales de las Armas y Cuerpos.

Que su hecho repercuta en los corazones de quienes, como él, lu-

charon con más fortuna, y en la moral de todo español quede grabado su recuerdo y su nombre. Si el considerarlo así es una gloria más para la Artillería y para los que fueron sus Jefes y compañeros, que la conducta de los que pueden hacer algo no deje hundirse en un abismo el nombre de este benemérito Sargento.

Ante el Tribunal de Dios ha sido juzgado; que lo sea ahora ante el de los hombres; que falle u otorgue, pero jamás echar en olvido su juicio.

Son muchos los pensamientos nobles y honrados que quedan en palabras. ¿Cuánto no ofrecieron a la memoria de Calderón?

JOSE SAEZ MARTINEZ

Sargento de Lanceros de España.

MIS DESEOS

Para una linda muchacha
de ojos azules y cabellos
rubios.

Quisiera ser hidalgo
De tiempos de leyenda,
Para quitar la venda
Que oculta tu mirar.
Quisiera ser un noble
De tiempos medioevales,
Y verte cuando sales
Tan bella de la mar.
Quisiera ser poeta
De esclarecida fama;
Decirte que te ama
Un pobre trovador,
Decirte que mi vida
Se agota lentamente
Porque a mi amor vehemente
Le falta tu calor.
Quisiera hablar contigo
Para decir que eres
De todas las mujeres

El más bello ejemplar,
Que muestras tu pureza
Como la clara fuente
Do el agua transparente
Se puede contemplar.
Quisiera en la mañana
Que nace esplendorosa,
Mirarte cual la rosa
Que empieza a revivir,
Mostrando sus colores,
Mostrando su armonía
Como los muestra el día
Al punto de morir.
Quisiera, en fin, decirte
La mucho que te quiero,
Y que por ti me muero
Soñando con tener
La prueba de que es cierto
Que siempre me has amado,
Y que por mí has llorado
Al no poderme ver.

JUAN MECA MARTIN

Del 59 de línea.